

LAS OCUPACIONES NOCTURNAS

Ignacio Escárcega

Versión del 25 de febrero de 2001

SOBRE *POINT DE LENDEMAIN*, DE VIVANT DENON.

TEXTOS ADICIONALES DE SANDRA MUÑOZ, MARÍA SANDOVAL Y ANDREA SALMERÓN. DENON, DOMINIQUE VIVANT, BARÓ DE (GIVRY, 1747-PARÍS, 1825). ARTISTA, POLÍTIC Y ARQUEÒLEG FRANCÈS. VA DESTACAR COM A GRAVADOR A L'AIGUAFORT. SECRETARI D'AMBAIXADA A NÀPOLS, VA PUBLICAR ALGUNES ILLUSTRACIONS SOBRE NÀPOLS I SICÍLIA A *VOYAGE HISTORIQUE ET PITTORESQUE DE NAPLES ET SICILE* (1788; INICIADA POR L'ABAT DE SAINT-NON). FORMÀ PART DE L'ACADÈMIA DE BELLES ARTS A PARTIR DEL 1787. ACOMPANYÀ NAPOLEÓ BONAPARTE EN L'EXPEDICIÓ A EGIPTE, VIATGE QUE LI VA SERVIR PER A LA SEVA GRAN OBRA ILLUSTRADA *VOYAGE DANS LA BASSE ET LA HAUTE ÉGYPTÉ* (1802). NAPOLEÓ I EL NOMENÀ DIRECTOR GENERAL DE MUSEUS, I VA SER EL PRIMER ORGANITZADOR DEL LOUVRE.

VIVANT DENON ÉS UN PERSONATGE FORÇA OBLIDAT, PERÒ TOT I AIXÍ EL LOUVRE LI VA DEDICAR UNA EXPOSICIÓ, DEL 23 D'OCTUBRE DE 1999 AL 17 DE GENER DE 2000. DURANT TRES TARDES VAN SER LLEGIDES LES SEVES OBRES I, CONCRETAMENT, EL 6 DE DESEMBRE PHILIPPE SOLLERS VA LLEGIR L'OBRA QUE AQUÍ ENS OCUPA: *POINT DE LENDEMAIN*.*

* Nota de la redacció: El primer paràgraf d'aquest text és extret de l'enciclopèdia *Salvat Universal. Diccionario enciclopédico*. Salvat. Barcelona: 1986. Tom 7. P. 399. El segon paràgraf és una informació d'Internet recollida per Ignacio Escárcega.

PERSONAJES

RENATA
MINA
CAMILA
ÉL
MADAME DET

1

Se encuentran en escena RENATA, MINA, ÉL y CAMILA, escondida detrás de una sombrilla; juegan con distintos objetos que se encuentran en el escenario: dos rucas, un cordel, un baúl pequeño y dos sillones. Se escucha una pieza de jazz muy alegre. Del baúl comienzan a sacar diversos elementos de utilería, como una baraja de tarot, un chal, etc.

CAMILA canta y juega con una sombrilla, la levanta, se esconde detrás de ella, aparece y desaparece; emerge. En una de éstas, cuando se esconde detrás de la sombrilla que descansa en el piso, juega con su mano, con la que reproduce, con una pequeña sombrilla, su propio caminar y desplazamientos. CAMILA luce erguida y orgullosa detrás de la sombrilla.

RENATA coloca el chal en los hombros de CAMILA y después se coloca ella misma una capa. Comienzan a cantar, en lenguaje no articulado, una ópera.

2

ÉL: Yo amaba locamente a la condesa, tenía veinte años, era ingenuo; ella me engañó, me enfadé, me dejó. Era ingenuo, la extrañé, tenía veinte años, me perdonó; y como tenía veinte años y era ingenuo, engañado siempre, mas nunca abandonado, me creía el amante mejor amado, y por ello el más feliz de los hombres. Ella era amiga de Madame de T..., que parecía tener algunos designios sobre mi persona, pero sin que su dignidad se viese comprometida. Como se verá, Madame de T... tenía ciertos principios de decoro a los cuales estaba escrupulosamente unida.

Un día en la ópera, cuando iba a esperar a la condesa en su palco, oí que me llamaban del palco vecino...

MADAME DE T: ¿Cómo? ¿Ya? Venga a mi lado... es preciso que lo libre del ridículo de semejante soledad; ya que está aquí, es preciso... La idea es excelente... Parece que una mano divina lo hubiera conducido hacia mí. ¿Tiene por casualidad algún plan para esta noche? Será en vano, se lo advierto; ni preguntas, ni resistencia...

ÉL: Oiga...

MADAME DE T: Calle, la ópera comienza...

Él: Cuando acaba el segundo acto, el criado le hace saber que todo está listo. Ella sonríe, requiere mi mano, desciende, me hace entrar en su coche, y antes de que yo haya podido informarme de lo que se pretende hacer conmigo, estoy ya fuera de la ciudad. Cada vez que yo aventuraba una pregunta se me respondía con una carcajada. Si yo no hubiera sabido con toda claridad que ella era una mujer de grandes pasiones y que en aquel preciso instante algo de eso se adivinaba en su mirada, y que ella sabía que yo me daba cuenta, hubiera yo creído que se trataba de una simple aventura amorosa... Decidí ser paciente durante todo el camino, que por cierto era bastante largo... El asunto comenzaba a parecerme más serio. Pregunté con más insistencia hasta dónde me llevaría la broma.

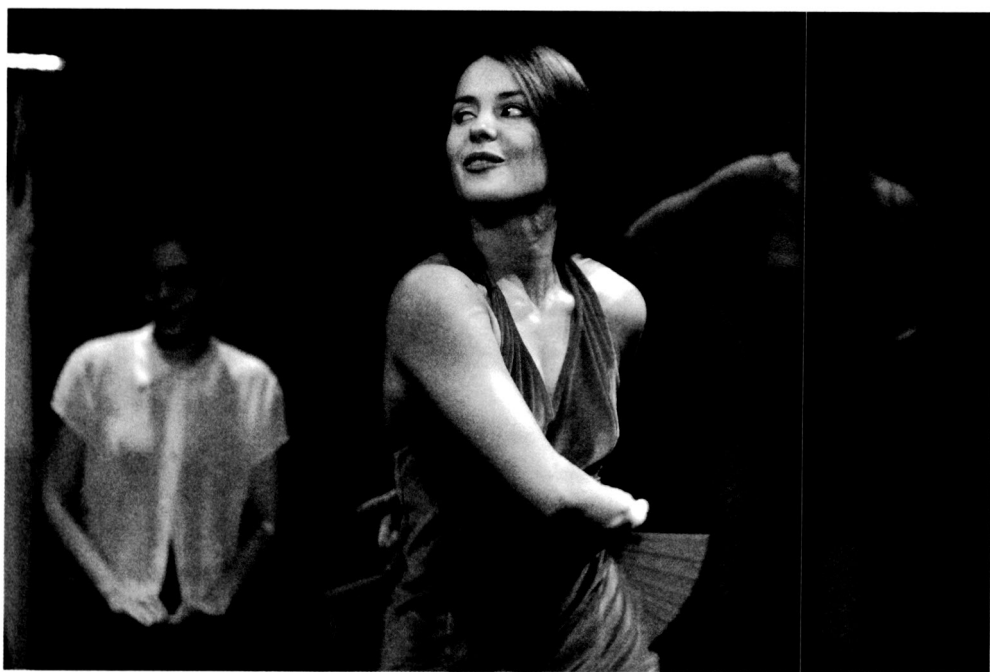
MADAME DE T: Lo va a llevar a un hermosísimo aposento; pero adivine dónde, le apuesto cualquier cosa... a casa de mi marido. ¿Lo conoce?

Él: En absoluto.

MADAME DE T: Creo que es importante que usted sepa esto: se nos reconcilia. Hace seis meses que se viene negociando y hace uno que nos escribimos. Me parece que es muy cortés de mi parte ir a su encuentro...

Él: Sí, pero dígame, ¿Qué tengo yo que ver con eso? ¿De qué va a servir mi presencia?

MADAME DE T: Eso sólo me incumbe a mí, temo el hastío de estar sola con él; usted es amable, y estoy muy contenta de que me acompañe.



Taller d'interpretació impartit per Ignacio Escárcega, a partir del text Las ocupaciones nocturnas, a l'Institut del Teatre de Barcelona, al setembre del 2002. (David Ruano)

ÉL: Escoger el día de una reconciliación para presentarme no deja de parecer extravagante. Va usted a lograr que me crea poca cosa. Añada a eso la timidez de una primera entrevista. De verdad, no veo nada de divertido para ninguno de los tres en el paso que se dispone a dar... Además, ¿qué me dice de su amante, el marqués?

MADAME DE T: Por favor, nada de moral, se lo suplico, eso se opone al objeto de su papel. Debe divertirme, entretenerme, pero no sermonearme.

ÉL: La vi tan decidida, que me incliné por estarlo igual que ella. Me reí de mí y los dos quedamos muy alegres... Habíamos cambiado de caballos por segunda vez. La misteriosa antorcha de la noche iluminaba un cielo puro, derramando una media luz por completo voluptuosa. Nos acercábamos al final del viaje. A intervalos se me hacía admirar la belleza del paisaje, la calma de la noche, el silencio conmovedor de la naturaleza. Para admirar juntos, como no podía ser menos, nos asomamos a la misma portezuela. El movimiento del coche hacía que mi rostro y el de Madame de T... se tocaran.

En una sacudida imprevista, ella le estrecha la mano, él la retiene entre sus brazos. Después de un instante, ella se separa.

MADAME DE T: Su plan, ¿consiste en hacerme creer que soy una imprudente?

ÉL: Planes, con usted... ¡Qué ingenuidad! Los descubriría fácil; pero el azar, la sorpresa... son perdonables.

MADAME DE T: Ya había usted contado con ello, por lo que veo.

ÉL: Sin darnos cuenta accedíamos a la explanada de la casa. Todo estaba iluminado, todo irradiaba alegría, excepto el rostro del señor del lugar, reacio a expresarla, más bien su aire lánguido mostraba que la necesidad de la reconciliación obedecía a intereses de familia. Sin embargo el decoro mueve al señor de T... hasta la portezuela. Soy presentado, él me tiende la mano... Luego recorro salones decorados con tanto gusto como magnificencia, pues el dueño de la casa sobresalía en todos los preciosismos del lujo. Se obstinaba en reanimar mediante imágenes voluptuosas las facultades de un físico agotado. No sabiendo qué decir, me libré del apuro mediante la admiración...

MADAME DE T: Esto no es nada, tiene que ver las habitaciones del señor.

ÉL: Irónico, le responde: «Madame, hace cinco años que las mandé demoler».

MADAME DE T: Ah, Ah.

ÉL: En la cena a ella se le ocurre ofrecerle carne de res, a lo que él respondió: «Madame, hace tres años que estoy a dieta».

MADAME DE T: Ah, Ah.

ÉL: Imaginen la charla de tres personas sumidas en la estupefacción de hallarse juntos. Acabó la cena. Yo me imaginé que nos acostaríamos pronto, pero esto sólo ocurriría con el marido. Al pasar a otro salón dice: «Le agradezco, Madame, la precaución que ha tenido de traer a este caballero. Pensó usted que yo no sería una compañía atractiva para la velada, y pensó bien, pues me retiro». Después, volviéndose hacia mí, me dice: «El señor me perdonará, y hará el favor de disculparme ante la señora». Y nos dejó.

MADAME DE T: ¿Por qué no damos un paseo mientras el servicio cena?

RENATA: Esto que voy a decir tiene que ver con un cumpleaños, con mi cumpleaños. El 25 de septiembre último. Era por la mañana y hacía mucho calor; era propicio para lo que yo había pensado. En esa fecha yo iba a exorcizar a todos los demonios de mi desengaño amoroso, o lo que es lo mismo, en esa fecha tenía que liquidar para siempre el recuerdo del idiota de Rubén; llevaba ya casi dos meses preparando ese festejo y tenía que ser en grande. Más aún cuando éste me había dejado para vivir un romance de mitología griega con una mujer «quizá» más guapa que yo, pero «seguro» también mucho mayor. Me sentía... como es posible imaginarlo. Como protagonista de una tragedia o de un bolero.

Por eso decidí que antes de esa fecha podía dedicarme con toda calma y hasta en un poco de éxtasis a arrastrarme de dolor por el piso, a gimotear como loca por las calles, a emborracharme a la menor provocación para que al día siguiente no aguantara el dolor de articulaciones y la náusea del estómago. En pocas palabras, me iba a dedicar a autodevaluarme de la peor manera posible, para que, en ese mi cumpleaños del 25 de septiembre —no sabía cómo pero tendría que ocurrir— yo pudiera lograr una transformación suprema y dejar al descubierto a la más bella mariposa que mortal alguno hubiese podido mirar.

Y entonces, en medio de todos estos pensamientos, dentro de los cuales tampoco descarté la posibilidad de volverme hombre, lo conocí.

Debo aclarar que Gerónimo, así, con g, no era el prototipo de galán que yo esperaba. Bueno, en realidad él no se llamaba Gerónimo, yo no podría enamorarme de alguien que se llamara así, pero es de cariño. Pues resulta que este hombre no era ni el más alto, ni el más guapo, ni tenía dinero, ni un coche bonito. Vamos, ni siquiera era joven, es más, casi me doblaba la edad. Algo tenía: fue la única persona capaz de hacerme reír después de varios meses de estar en el dolor.

Cuando lo conocí, después de dos horas seguidas de reír como loca, me sorprendí a mi misma caminando por la calle con una sonrisa idiota, como si la tuviera tatuada. ¿Pero de qué demonios te ríes, Renata? Acuérdate que lo tuyo es sufrir, ¿estamos? El caso es que la siguiente vez que veo a Gerónimo le digo muy seria: «Gero —también le digo así a veces— el día 25 es mi cumpleaños y usted no puede faltar porque me ofendo». «¿Qué día cae?», me dice. «Sábado». «No puedo, tengo tai chi», dice muy seguro... Pues ahí estoy dos semanas quebrándome la cabeza y pensando cómo podría hacer para convencerlo. Pero él sólo llegó un día a decirme: «se canceló el tai chi, puedo ir a tu fiesta».

Mi amigo Fernando ya me había ofrecido su casa para hacer allí la fiesta, ese sería su regalo. Mi hermana se haría cargo de otro regalo, la cena, así que ese día se fue desde temprano para preparar cada detalle. Todo estaba listo para que comenzara mi ritual, que para desarrollarse bien debía iniciar con un baño de vapor; allí me estuve horas, pensando, imaginando cómo sería el momento en el que Gerónimo se acercaría a mí y me olería detrás de la nuca, para provocarme un estremecimiento. También pensaba en cómo me despojaría de la lencería carísima que me había comprado para la ocasión.

Con toda intención, retrasé mi llegada a la fiesta, porque tenía que hacer una entrada espectacular, con la marcha de *Aída* de fondo, porque, claro, los invitados estarían preguntándose «¿Dónde estará la del cumpleaños?» Y al primero que mis ojos mirarían sería a Gerónimo. Llegué, abrazos y felicitaciones por todos lados, pero ni rastro de él. Llegó una hora después, vestido de negro y con gabardina, porque llovía. La fiesta siguió y yo siempre cerca de él, provocándolo. Pero él, como si estuviera en el tai chi.

Otro amigo llevó tres regalos, un pastel enorme, una manita hindú y una cajita pequeña. «Yo sé que tu ya no le haces a esto, pero es por si se te antoja», y me la puso en las manos. Por supuesto, estaba llena de droga. Para no caer en la tentación y para conservarme íntegra para Gerónimo, se la di a Fernando y le dije que la guardara y me la entregara al final. ¡Nunca lo hubiera hecho! Una hora después esa fiesta se convirtió en un desastre, no faltó quien se fuera indignado y diciendo groserías. Humo por todos lados, hombres con mujeres, hombres con hombres, hombres con muebles, hombres y mujeres con cualquiera... Y Gerónimo, en medio de todo eso, sólo miraba. Me fui a sentar frente a él.

«Cántame una canción», le dije. «Renata, aquí no hay piano, ni guitarra, ni nada, además nadie nos va a hacer caso». «No importa, cántala para mí, a *capella*. Que sea mi regalo de cumpleaños...» Y él comenzó a cantar el tango *Uno*:

Uno busca lleno de esperanzas
el camino que los sueños
prometieron a sus ansias.
Sabe que la lucha es cruel y es mucha
pero lucha y se desangra
por la fe que lo empecina.
Uno va arrastrándose entre espinas
y en su afán de dar su amor
lucha y se desangra hasta entender
que uno se ha quedado sin corazón,
precio de castigo que uno entrega
por un beso que no llega
y un amor que lo engañó,
vacío ya de amar y de llorar tanta traición.
Si yo tuviera el corazón,
el corazón que di,
si yo pudiera como ayer,
querer sin presentir;
no es posible que a tus ojos
que me gritan su cariño
los cerrara con mis besos,
sin pensar que eran como esos
otros ojos los perversos
los que hundieron mi vivir.

Si yo tuviera el corazón,
el mismo que perdí,
si olvidara a la que ayer
lo destrozó y pudiera amarte,
me abrazaría a tu ilusión
para llorar tu amor:

Cuando lo escuché me dio miedo. Ese hombre lloraba por dentro, sufriría de una cosa terrible que yo era incapaz de entender. ¿Y yo? ¿Sería posible que yo lo estuviera atormentando?

La fiesta continuó hasta que poco a poco todos comenzaron a irse. A los últimos, que se caían de borrachos, los subimos a un taxi. «¿Me llevas a mi casa?», le pregunté. «¡Claro, sólo hay que subir por las cosas!» En el descanso de la escalera sentí un jalón en el brazo y me vi acorralada en el rellano con Gerónimo tomándome del cuello y besándome... y entonces ocurrió. No sé si porque yo misma me estaba programando o porque de verdad estaba pasando, pero me brotaron alas y volé. Ya no era gusano y tampoco quería seguir siendo híbrido, quería volar. «¿Por qué me besas?», le pregunté. «Renata, ¡Por Dios! Me has estado provocando toda la noche. ¿Y ahora me preguntas por qué te beso?»

De camino a mi casa, yo pensaba: «¿Qué va a pasar cuando lleguemos? ¿Quiero que se quede, quiero que se vaya?»

Llegamos, me abrió la puerta del coche, bajé, y ya en la puerta le dije: «gracias, nos vemos mañana». «¿No quieres que me quede?» «No». «¿Estás segura?» «Sí» «Está bien, ¿nos vemos mañana?» «Claro».

Me besó y se fue. Esa noche dormí sola, por lo pronto no había pasado nada.

4

MADAME DE T: ¿Por qué no damos un paseo mientras el servicio cena?... ¿Ya no me tiene miedo?

ÉL: Yo nunca le he tenido miedo.

MADAME DE T: Pues hace un momento tenía una cara...

ÉL: Era de sorpresa.

MADAME DE T: ¿Por qué? ¿Su novia no le ha contado nada de mí?

ÉL: Nada.

MADAME DE T: Pues mejor aún. Así no puede haber malentendidos, sólo confianza. Usted tiene un compromiso como para tener algún temor a mi lado.

ÉL: Claro

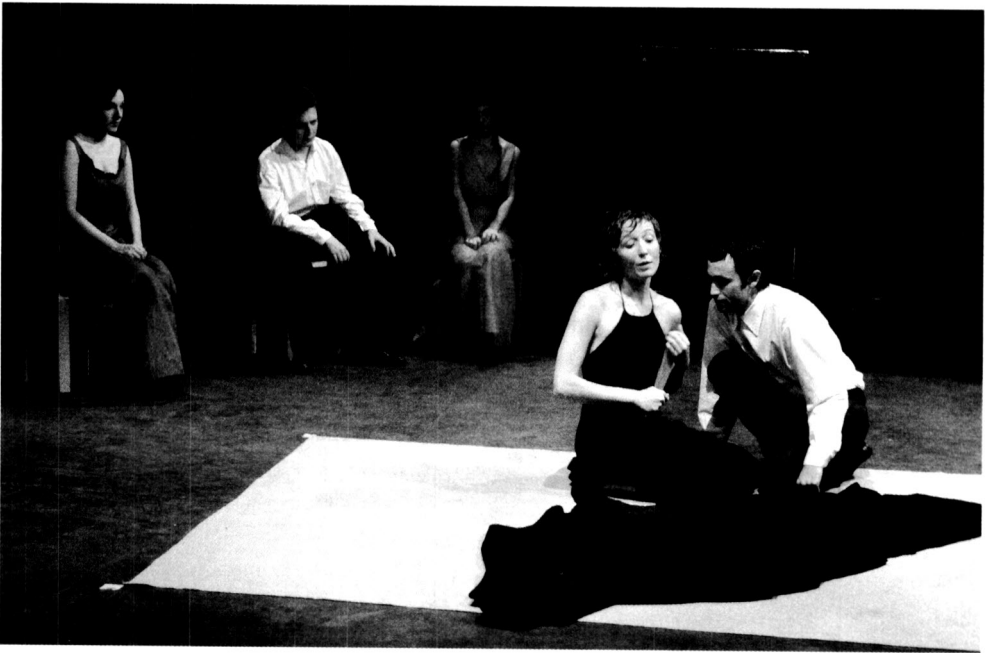
MADAME DE T: Es imposible.

ÉL: Sin embargo me dolería que esa cercanía que tuvimos en el coche la pueda asustar.

MADAME DE T: No me asusto tan fácilmente.

ÉL: Sin embargo temo que le haya dado un poco de tristeza.

MADAME DE T: ¿Qué necesita para tranquilizarse?



Alumnes d'interpretació de l'Institut del Teatre de Barcelona, durant el taller que va fer Ignacio Escárcega al setembre del 2002. (David Ruano)

ÉL: ¿No lo adivina?

MADAME DE T: Me gustaría que me lo aclarara.

ÉL: Necesito estar seguro de que me disculpa.

MADAME DE T: ¿Y para eso haría falta...?

ÉL: Que me concediera ahora el beso que hace un momento el azar..

Pausa.

MADAME DE T: Me parece bien. Si se lo negara estaría alimentando en exceso su orgullo... Su amor propio le haría creer que me da miedo.

Pausa.

MADAME DE T: Vamos dentro, el aire de la noche no parece sentarnos muy bien.

ÉL: Creo que es menos peligroso para usted.

MADAME DE T: Sí, soy menos susceptible que otras; pero no importa, volvamos.

ÉL: Lo hace como una atención para mí, claro... no quiere riesgos con las impresiones que yo pueda tener de nuestro paseo... de las consecuencias que podría tener para mí.

MADAME DE T: No se confunda. Me parece bien pese a todo... pero debemos volver... lo exijo... No estoy muy contenta con usted... con la confianza que le he mostrado, está mal... muy mal que usted no me conceda ninguna. Pues en lo que llevamos juntos no me ha dicho una palabra

de la condesa, su novia... ¡Y es tan dulce hablar de la persona amada! Y no debe dudar que lo habría escuchado con todo el interés. Es lo menos que podría hacer por usted, en tanto que ha asumido el riesgo de perderla.

ÉL: ¿Y yo no puedo hacerle el mismo reproche? ¿Qué no habríamos adelantado si en lugar de hacerme confidente de una reconciliación con un marido me hubiera sugerido algo más ventajoso... una opción?

MADAME DE T: A ver... usted no ignora, por muy poco que conozca a las mujeres, que hay que saber guardar sus confidencias... Volvamos a usted. ¿En qué punto se halla con mi amiga? ¿Lo hace feliz? Me temo lo contrario y eso me aflige, pues me interesa, como amiga, lo que pase con usted. Sí, me intereso... más de lo que se pueda imaginar.

ÉL: La persona a veces no es lo que aparenta.

MADAME DE T: Ahorre el disimulo. Acerca de usted sé lo necesario. Mi amiga no es tan misteriosa, es muy liberal con los secretos de quien la adora, máxime cuando una conducta tan circunspecta como la de usted puede desmeritar sus triunfos. Lejos de mí acusarla de coquetería, pero una mojjigata no es menos vanidosa que una coqueta. La verdad, ¿no es usted víctima con frecuencia de ese temperamento tan extraño? Cuénteme.

ÉL: Pero señora, usted deseaba entrar... el aire... el agua...

MADAME DE T: Cambié de opinión... A ver, cuénteme, entonces... ¿No?... Es muy elegante, tiene muchas gracias. En su boca la perfidia parece ingenio, una infidelidad, un triunfo de la razón, un sacrificio a la decencia. Siempre amable, raras veces tierna, veraz nunca. Carácter galante, pero mojjigata por sistema. Viva, prudente, culta, sensible, atolondrada y filósofa; con gracia en las formas y los modales: atrae, se escapa. ¡Qué de papeles la he visto representar! Entre nosotros ¡Qué de primos la rodean! Cuando se decidió por usted, lo hizo para distraer a dos rivales que, demasiado imprudentes, estaban a punto de armar un escándalo. Los había mangoneado demasiado, ellos habían tenido tiempo de observarla y la hubieran podido desenmascarar. Entonces lo puso a usted en escena, les dio otro motivo de preocupación; los desesperé a todos, los compadeció, los consoló, y los cuatro quedaron contentos. ¡Qué dominio tiene sobre usted una mujer tan hábil! ¡Y qué feliz es cuando con ese juego lo finge todo sin arriesgar nada! (*Pasean, las tres mujeres lo rodean, jugando, al mismo tiempo que lo hostigan. ÉL cae al piso.*) Este pabellón ha sido testigo de momentos muy dulces. Aquí, oculto de la casa, la intimidad se entiende de otra manera. Sólo hay un sillón muy amplio y dos mesas pequeñas de servicio. ¡Lástima no tener la llave!

ÉL: Está abierto.

5

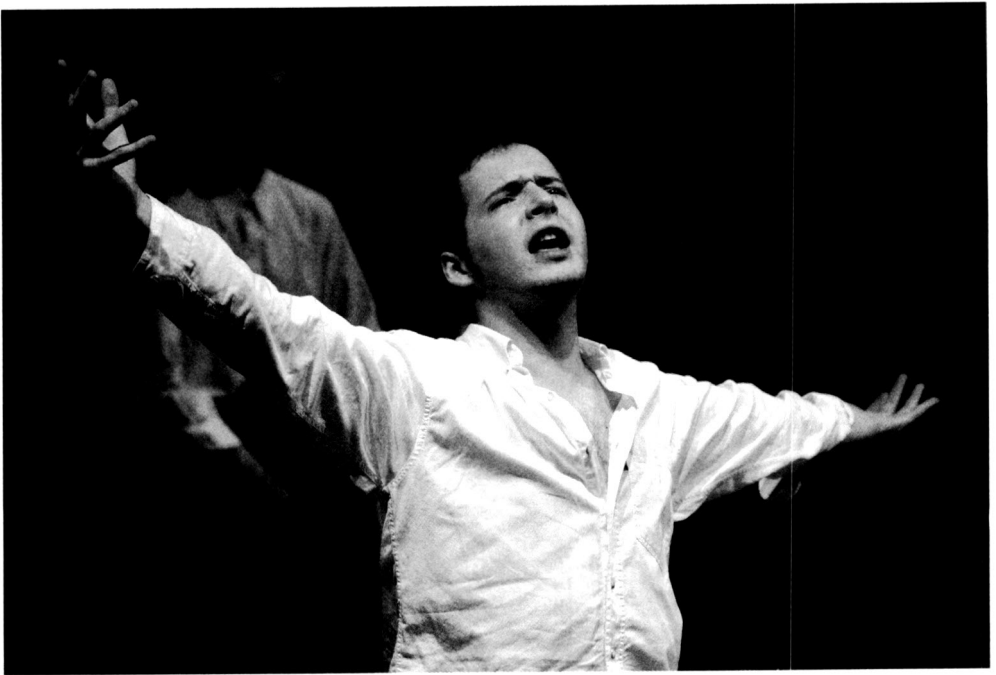
MINA: Aquí me tienes nuevamente, conviviendo con mensajes que Capricornios han traído hasta mis manos, mis oídos, mi lengua, mi corazón como un credo, sí, un credo...

Creo profundamente y siento en el infinito de todos los agujeros que pueda

yo tener que los ángeles me han tocado
y no es un asunto terrenal, es un acto angelical,
es del mar... no se puede asir... me invade por dentro y por fuera,
me baña y se vuelve sutil y ligero...
yo pierdo mi forma y me torno viento...
me esfuerzo por llegar hasta tus oídos...
Y en esta rareza de mi espíritu se acortan las distancias, la memoria
abre
sus puertas y se liberan todos los humos, las sirenas, los olores, mis
duendes y mis gigantes...
Y se asoman a las orillas de la luna, se cuelgan y despliegan risas y
juegos...
y la luna se regocija, con toda aquella danza tan limpia,
tan lúcida,
tan blanca...
entonces tu imagen se revela ante mis ojos como el enigma del amor...
mi recuerdo... mi más hermoso recuerdo...
fundado con pies al alba, con ojos de lágrima,
con risas de hermanos, con besos de paja,
con rostros de mármol blanco, de luz, de sol, de salva,
con troncos arados y manos apretadas,
con noches eternas de dudas y claras,
con espasmos morados y nidos en la panza,
con esos pavitos que me dejaron ver sus alas
y descubrir el nacimiento de hadas, disfrazadas de ángeles,
disfrazados de antenas con alas, de mariposas aladas.
¡Cuánta ternura y pasión juntas!
El cuidado, la aventura, el deseo, el miedo...
... la risa, el desconcierto, un beso... otro beso... otro beso
tu cuerpo... me aproximó y... te beso... ¡qué suspiro! mi delirio
ya no hay frío
sólo un río lleno de agua
y de lirios... y delirios... y de lirios... y delirios...

6

MADAME DE T: Has consagrado este lugar para mí. ¿Quién seduciría en él como tú? ¿Cómo sabes amar! ¡Qué feliz es ella!
ÉL: ¿Quién? Ah.



Las ocupaciones nocturnas. d'Ignacio Escárcega.
Taller d'interpretació a l'Institut del Teatre de Barcelona.
Setembre del 2002. (David Ruano)

MADAME DE T: Qué inmensa distancia entre el río y el pabellón que acabamos de dejar. Me siento tan bien, que apenas puedo creer haberme resistido...

ÉL: Entonces, ¿aquí se va a disipar el encanto?

MADAME DE T: Si yo estoy contigo, no.

ÉL: Siempre piensa uno que queda algo por obtener.

MADAME DE T: ¿Más?... No... no puedo permitir... ¿tanto me amas?

ÉL: Usted me decía hace un momento que entre nosotros era mejor no invitar a la moral, ¿no es así? Mejor hablemos de los placeres del amor.

MADAME DE T: ¡Los placeres del amor!

ÉL: No tenemos mayor compromiso que el de nuestras confidencias, ¿o no?

MADAME DE T: Acabamos de pasar un momento delicioso debido únicamente al atractivo de ese placer; que ha sido nuestra guía y excusa. Si algo nos obliga a separarnos mañana, nuestra felicidad no dependería de lazos que se tuvieran que desatar... quizá alguna pena, de la cual un recuerdo agradable sería compensación. Y además, sin todas las torpezas, la inquietud y la tiranía del procedimiento. (Pausa.) Qué noche, qué paraje tan hermoso. Hacía ocho años que no lo observaba, pero no ha perdido nada de su encanto; acaba de volverse nuevo para mí. Nunca olvidare-

mos el gabinete, ¿no es cierto? Dentro hay uno todavía más encantador. Pero a usted no se le puede enseñar nada: es como un niño que quiere tocar todo y hace pedazos lo que toca.

ÉL: Prometo no ser más que lo que usted desee. Me he vuelto muy razonable.

MADAME DE T: Esta noche sería totalmente agradable para mí, si no me hiciera un reproche. Estoy apenada, verdaderamente apenada por lo que le he dicho de la condesa, mi amiga... No es que quiera quejarme de usted. Usted me encontró amable y quiero creer que obró de buena fe. Pero cuesta mucho destruir el imperio de la costumbre, yo misma siento que no poseo lo necesario para llevarlo a cabo. Por otra parte, he agotado todos los recursos que el corazón tiene para someter. Ahora, ¿qué podría esperar junto a mi? ¿Qué podría desear? Sin el deseo y sin la esperanza, ¿en qué se convierte un hombre junto a una mujer? He sido pródiga con usted por completo: a duras penas me va a perdonar placeres que, tras el momento de la ebriedad, lo abandonan a la severidad de las reflexiones. A propósito, ¿cómo ha encontrado a mi marido? Muy desabrido, ¿no es cierto? La situación no es muy llevadera. No creo que lo haya visto con buenos ojos. Sospechará de nuestra amistad. ¿Recuerda el aspecto que tenía hace unas horas, cuando nos dejaba? Estaba más alegre cuando hizo arreglar con tanta ceremonia el gabinete del que le hablaba hace un momento. Fue antes de mi matrimonio, está junto a mi habitación. Siempre ha sido para mí un testimonio... de los recursos artificiales que el señor... necesitaba para fortalecer su sentimiento, y del escaso impulso que yo le aportaba.

ÉL: ¡Junto a su habitación! ¡Qué placer poder vengar en él su gracia ofendida, restituirle lo que le han quitado! (Pausa.) Si yo fuera el elegido, el héroe de la venganza, si el placer de la ocasión pudiera hacer olvidar y reparar lo que la costumbre hace languidecer y perder fuerza...

MADAME DE T: Si me promete ser razonable.

CAMILA: Una, dos, tres semanas...

Sigo Esperando. Esperándote.

Tu silencio me asusta... ¿Dónde estás?

Te imagino tirado al sol, con la arena brillando entre el vello abundante de tu torso largo y delgado, disfrutando la paz en el mar que tanto amas; los colores, el aire y el azul que me roban tan seguido tu presencia...

Una, dos, tres veces escucho el silencio, soy una con el silencio, soy silencio... y me siento como una idiota mirando el teléfono, intentando en vano reprimir la ansiedad de llamarte para decirte que sigo esperándote. Una, dos, tres llamadas sin respuesta.

¿Quién eres? Ni siquiera existes, eres el desconocido, el ausente, el inaccesible, pero el olor de tu piel sigue impregnado en mis dedos, en mi memoria, en mi sexo; el calor de tus manos continúa haciendo magia dentro de mis venas. Tus uñas siguen clavándose en mi cabeza... no puedo desterrarte.

Procuró pensar en lo que eres para tenerte cerca... una coca cola *light*, chocolates, ojos humedecidos cuando hablas de tu padre con amor, un jabón de baño, Alquimia, Acapulco, fábrica de espejos, clavos en la puerta, magia con cigarros... Venezuela, el principito... no sé nada más; no conozco más de ti, y sin embargo te reconozco grabado en mis ojos. Te conozco, te reconozco, te desconozco. Te percibo, te persigo. Te siento, te miento. Te busco. Nunca te consigo.

ÉL: ¿Qué va a hacer de mí? ¿Me sucederá algo? ¿Me va a hacer volver a solas en la oscuridad? ¿Me va a exponer a hacer ruido, a descubrirnos, a traicionarnos, a perderla?

MADAME DE T: Entonces me promete...

ÉL: Todo... todo lo que quiera... Entramos a una habitación, había dos criadas a las que ordenó retirarse. Después, ante mis ojos, se desembarazó de todo adorno superfluo; una mera cinta retenía los cabellos, que se escapaban en bucles. Les añadió una rosa que yo había cogido en el jardín, y que aún conservaba por distracción: un camisón abierto reemplazó a los demás atavíos. No había un sólo nudo que deshacer; encontraba a Madame de T más hermosa que nunca. Un poco de cansancio había entornado sus párpados, daba a sus miradas una languidez más interesante, una expresión más dulce. El colorido de los labios, más encendido que de costumbre, realzaba el esmalte de los dientes, volvía su sonrisa más voluptuosa. Tales señales del placer me hicieron recordar el goce. En fin, me pareció más seductora aún de lo que mi imaginación la había pintado en nuestros más dulces momentos.

MADAME DE T: Recuerde que jamás ha de saberse que ha visto ni aún supuesto este lugar. La discreción es la primera de las virtudes; a ella debemos muchos instantes de felicidad.

ÉL: ¿Va a dejar sin coronar mi cabeza? Tan cerca del trono. ¿Sufiré este rigor? ¿Pronunciará una negativa?

MADAME DE T: ¿Y sus juramentos?

ÉL: Era un mortal cuando los hice, usted me ha hecho un dios. Mi único juramento es adorarla.

MADAME DE T: Ven, la sombra del misterio debe ocultar mi debilidad; ven.

ÉL: Llevados por un mismo movimiento, caímos blandamente sobre un montón de almohadones. La oscuridad reinaba con el silencio en aquel nuevo santuario. Nuestros suspiros ocuparon el lugar del lenguaje. Más tiernos, más multiplicados, más ardientes, daban cuenta de nuestras sensaciones, las reflejaban en su progresión; y el último de todos, algunos instantes aplazado, nos advertía que debíamos rendir gracias al amor.

MADAME DE T: ¿Vas a querer algún día a la condesa tanto como a mí?

7

CAMILA: Berrinche cartier, te fuiste. Uno, dos, tres meses. Sólo un café, una rápida escapada a comer, risas, cruzar la ciudad para vernos una hora, llamadas por teléfono interrumpidas por una junta, risas, un rápido cruce de miradas. Celulares, cuentas de celulares estratosféricas, un pay de limón *light*, un perfume, un beso aislado, pasta con salmón, vino, Bruselas, mi cabeza en tus rodillas, mi comedor, Bruselas, estoy loca, tu hotel, Bruselas, la carta de tu jefe, llovía, tú, llovías. Bruselas, tu pijama de seda, soy tuya.

Uno, dos, tres minutos... ¿Quién eres tú para decidir que yo ya no te mire? ¿Quién te ha dado el derecho de pensar por mí, que me hartaste? ¿Quién te dijo que no eres para mí, o yo para ti? ¿Quién te enseñó que dos mundos tan diferentes no pueden amarse? ¿Que no podemos compartir los sueños? Tu cobardía es lo que más me duele. Una cuenta de tres y me olvidas.

Contaré hasta tres para ver si me convengo de que no existes

Contaré hasta tres para ver si te olvido

Contaré hasta tres y te habrás esfumado

Contaré hasta tres...

Uno, dos, tres segundos... uno, dos, tres segundos... Uno, dos, tres segundos...

MINA: Sola...finalmente sola...

de nueva cuenta recorro el camino

y sé que en esta ocasión será distinto.

Hoy es luna nueva, no hay ciudad más tranquila que la ciudad

de luna nueva, la sangre no corre por ella.

Los amores invertidos... divertidos... mis horas de vuelo

han dejado al descubierto mi deseo

museo... Teseo... ceseo... verseo... meseo,

¿qué sería de mi espíritu sin el deseo?

Los efectos embriagantes de la lejanía,

la seductora soledad:

cómplices perfectas de mi deseo.

Estar sola significa: finalmente estoy completa

Luna nueva de la decisión,

la ignorancia está burlada, constipada

todo se vuelve equitativo con mi deseo

con el ávido deseo...

Me he vuelto como las serpientes

a solas asisto al encuentro,

me deslizo por las vías del deseo y el desapego,

prefiero el azar de consejero,

el milagro te reconoce y entonces

...te vuelves mar infinito de mi deseo...

A solas... finalmente a solas... tú y mi deseo.

8

Él: Iba a responder cuando la criada, su confidente, entrando con prisa le dijo: «ya es de día, ya se oye ruido en la casa». (CAMILA y MINA cantan un fragmento del bolero «Veinte años»: «Si las cosas que uno quiere/ se pudieran alcanzar/ Tu me quisieras lo mismo/ que veinte años atrás. Con qué tristeza miramos/ un amor que se nos va, es un pedazo del alma que se arranca sin piedad.») ¡Qué aventura! ¡Qué noche! Me preguntaba si era el amante de aquella a la que acababa de dejar, y cuál no sería mi sorpresa al no saber qué responder: Ayer en la ópera, ¿quién me hubiera dicho que podría hacerme esa pregunta? ¡Yo, que creía saber que ella amaba locamente, y desde hacía dos años al marqués! No sabía si soñaba aún. Dudaba. No creía en nada. En esas estaba cuando veo, no podía creerlo, al marqués. «No me esperabas tan temprano,

¿verdad? Y bien, ¿cómo ha ido eso?», me dice. «¿Sabías que estaba aquí?» «Claro, se me hizo saber en el preciso momento en que se iban. ¿Has interpretado bien tu papel? ¿Encontró el marido lo bastante ridícula tu aparición? Me ocupé de todo, te traigo un coche que estará a tu disposición, es lo menos que podría hacer. Madame de T necesitaba un escudero, tú le has servido como tal, la has entretenido en el camino, es lo que ella deseaba; mi agradecimiento...» Y yo sorprendido: «No te preocupes», le aclaro, «lo hago sin ningún interés, y en esta ocasión, Madame de T ha sido muy cuidadosa con lo poderes del agradecimiento». Me pregunta: «¿Te ha divertido hacerlo? Cuéntame los detalles...» «Yo no sabía que todo fuese una comedia; y aunque haya tenido parte...» «No te tocó el mejor papel». «Qué va. No hay mal papel para un buen actor.» «Ya veo, saliste bien parado». «Maravillosamente». «¿Y ella?» «Sublime. Domina todos los géneros.» «¿Puedes creer que he logrado que semejante mujer sienta la cabeza?; me ha costado lo mío. Pero he manejado de tal modo su carácter que tal vez sea la mujer sobre cuya fidelidad puede estarse más seguro.» «No le conozco más que un defecto: la naturaleza, al darle todo, le ha negado esa llama divina que pone remate a todas las prendas. Ella lo hace nacer todo, lo anima todo, pero no siente nada, es como el mármol.» Finalmente le dije: «Te creo, puesto que yo no he podido... ¿te das cuenta de que conoces a esta mujer como si fueras su marido? Uno podría caer en el engaño, si anoche yo no hubiera cenado con el verdadero...» «Por cierto, ¿qué tal estuvo?», me pregunta. «Jamás nadie ha estado tan marido».

Luego me acompañó a mi habitación. Allí se arregló un poco y después saludó al señor de la casa, que le dio un trato de reyes, mientras que a mí me mostraba solamente ignorancia y desdén. Me despedí y el marqués me ofreció de nuevo su coche; lo acepté. Todo iba de maravilla, todos estábamos contentos, sin embargo yo quería ver una vez más a Madame de T...; era un disfrute que no podía negarme a mí mismo. Aunque ella continuaba descansando. Insistí, fuimos. «Hay que convenir en que no tienes rival durmiendo a una mujer», me dice. «Ni a un marido, ni a un amante, si es preciso».

MINA y CAMILA cantan de nuevo un pasaje del mismo bolero: «Con qué tristeza miramos/ un amor que se nos va, es un pedazo del alma que se arranca sin piedad.»

MADAME DE T: Temía despertarme y no encontrarlo ya aquí, y le agradezco que se haya imaginado cómo lo habría sentido.

ÉL: Nos examinaba alternativamente; pero se tranquilizó enseguida ante el aplomo del marqués, que seguía bromeando a costa de mi persona. Ella se rió conmigo lo suficiente como para consolarme, sin por ello rebajarse a mis ojos.

MADAME DE T: ¡Por favor!, créame que no ignoro todo lo que debo al señor.

ÉL: Regresó el marido y todos nos hayamos en situación. Después siguió una charla insulsa, de reconocimientos mutuos y miradas insistentes. Luego me despedí y Madame me siguió, fingiendo querer darme un recado.

MADAME DE T: Adiós, señor, le debo muchos placeres, mas le he pagado con un bello sueño. Ahora lo llama su amor; ella es digna de él. Si le he robado algo, lo devuelvo a ella más tierno, más delicado, más sensible. Adiós una vez más. Es encantador... no me enemiste con la condesa.

ÉL: Me estrechó la mano y me dejó. Subí al coche que me aguardaba. Busqué la moraleja de toda esta aventura... y no la hallé.

RENATA: No veo nada. Me había estado sintiendo tan familiarizada ya con lo turbio de la atmósfera, que había olvidado que esta espesura blanca de delante de mí y que me rodea por todos lados se llama también niebla...

Niebla, enemiga absoluta de la prisa... De poquito empieza a desvanecerse...

La sensación es que mi voz navega sobre una frágil calima (la niebla muy tenue, la que en el muelle le dicen también fosca, la que seguramente enamoró a Ulises). La bruma sigue y en su orilla «algo» o «alguien espera». No volteo. ¿Para qué, si de todos modos no veré nada? Me conformo con sentir que el aire huele a humedad vieja.

Ahora lo que hay es niebla baja. ¿Dónde estoy? ¿Qué estoy? ¿Cuál estoy? ¿Quién estoy? Estoy, estoy, estoy, lo repito mil veces porque la palabra me suena raro y ya no sé qué significa.

Niebla. No veo nada. De poquito empieza a desvanecerse, veo que tú caminas a mi derecha por un caminito muy, muy estrecho, y que vamos subiendo a una montaña muy, muy alta por ese caminito estrecho que asciende en espiral. De repente me doy cuenta de que yo no voy por el caminito, yo voy trepado en un columpio que cuelga del cielo y que se mece con el aire, y que flota. La sensación es... pienso ¿Qué se sentirá morir? Así, de tan alto y sin saber de antemano dónde caeré. Y me entran unas ganas enormes de morirme, de tirarme de adrede... luego pienso que no, que por algo soy yo la que va en el columpio y no tú. Por fortuna llegamos a lo más alto de la montaña.

Y ahora empieza la calma. Los muslos me duelen, porque me... y me... poder tenerte como parte de mí, y que a pesar de todo, lo importante es que estamos juntos, eso es lo que importa.

Ahora me siento tan cerca de ti que te resistes. ¿Acaso amenazo tu mundo? Yo no soy más que una mujer enamorada. Soy como el agua, a veces.

Soy un poco también como esa que en mis sueños abre los ojos y se mira a sí misma sujeta a una enorme roca lisa enclavada en medio del mar, en medio de la nada.

Sólo soy una mujer enamorada.

Soy contigo terriblemente tierra, terriblemente arenosa y terriblemente inevitable. Tierra húmeda, tierra seca, dura, agrietada; tierra porosa y tierra caliente; tierra fría, tierra que se asienta y tierra elevada; tierra que devora y tierra que vomita; tierra que vomita tierra.

Soy mentirosa hasta decir basta y sin embargo siempre digo la verdad.

Sólo soy una mujer enamorada.

Estoy perfectamente consciente de mis ojos egoístas y de mis manos duras hasta para conmigo misma y sin embargo no soy más que una mujer enamorada.

Tenía miedo de lo que estabas pensando. Tenía miedo de haberme entrometido en tu silencio. Sólo soy una mujer enamorada, y aún arropada en el calor de tu cuerpo, no me atreví a soñar que soñabas conmigo.

Niebla. No veo nada.

OSCURO FINAL